

CUANDO Sérvulo Gutiérrez, vuelto de Buenos Aires donde había estudiado con ese maestro exigente y riguroso que es Pettoruti, exhibió en la sala del Instituto Peruano-Norteamericano una amplia serie de estudios (naturalezas muertas y retratos especialmente), los que vieron la exposición y los que sobre ella escribieron se mostraron acordes en considerar que el excepcional talento natural de este artista, en realidad el más brillante de la generación de pintores contemporáneos nacionales, al haber pasado por la dura prueba de la academia, habría de dar en el futuro frutos en los que estuvieran presentes y totalmente conjugados ya su vigor vital, su fuerza creadora, su imaginación, con el conocimiento y asimilación de una técnica depurada y eficaz. Sérvulo demostró, en aquella ocasión, que había sabido soportar con éxito el cilicio candente de los cánones más penosos. De ahí que sus admiradores y sus amigos aguardaran enseguida la manifestación rotunda de su personalidad, sin que su fuerza avasallara la expresión artística misma.

Ningún pintor como Sérvulo ha sido más aplaudido y estimulado. General aprobación merecieron siempre sus obras y, también, sus ideas sobre el arte. Tan afectuosa disposición se reveló incluso con respecto a sus actos, y se dió de este modo el caso de que Sérvulo pintor —excelente pintor— y Sérvulo individuo fueran las dos facetas de un asunto público.

En su pintura, a poco de la exposición a la que arriba nos referimos, se fué filtrando, primero delgadamente y, luego, con notorio grosor, la actitud de Sérvulo ante la vida: su rechazo (en la práctica algunas veces, en verdad, ejemplar) de los principios menos convencionales, su anarquismo existencial, su indiferencia, en suma, hacia la disciplina, el orden perfeccionador y el trabajo organizado en cuyos desasosiegos el creador y el hombre común encuentran el real sentido del ser.

"La pintura —ha escrito Baudelaire, que tocante a estos temas no me cansaré de citar— es una evocación", y es exacto. El pintor da cita en su mano (que es instrumento de su mente y de su corazón), actualizándolos, su sabiduría técnica y sus ideas plásticas, poéticas, mágicas, sobre el universo, juntamente con su videncia estética. Evoca, es decir, llama y da forma eterna a las imágenes que una memoria incorruptible acumula. La conversión de aquello en un cuadro no se opera "gracias a Dios", porque sí, sino a través de una selección que debe ser dolorosa como el alumbramiento. El talento, las facultades espontáneas, las condiciones personales son sólo un medio, jamás una meta. Sérvulo, en las telas que actualmente exhibe, manifiesta una riqueza de color, de aciertos y de efectos pictóricos singulares, especialmente en sus cua-

dro de paisajes, todo ello sin embargo nacido como al conjuro de un automatismo que no ha admitido la reguladora y lúcida intervención de la razón que medita y corrige. Se trata de cuadros que provienen directamente de un acto instintivo, violento, rápido, que junto con logros notables trae consigo, confundidos a veces hasta el punto de anularse, frustraciones e ingenuidades insoslayables. En los retratos que, al contrario de los paisajes, son tan respetuosos del dibujo, hay como un intento de retorno tímido a las reglas, pero son la prueba tácita de la lucha entablada, en el interior del pintor, entre la aventura y el orden, entre el frenético desborde de sus obras imaginarias y las limitaciones que le impone la presencia del modelo. Creo que en el vértice que forman los simultáneos conformismo e inconformismo pictóricos de Sérvulo, está la clave de por qué este pintor no haya alcanzado todavía, como tantos lo esperábamos, la cima de la creación en la que ha de ser él mismo y no su rebeldía o su desfreno lo que se vuelque. Porque entre los retratos (la mayoría de los cuales es como una pausa para los otros, ígneos de color, que mejor lo califican) y el resto de la muestra, hay una inexplicable diferencia de estilo formal y de fondo, hay contradicción inclusive.

¿Dónde está el verdadero Sérvulo? Creo que, más que en los convencionales retratos, en sus telas menos concesivas, en sus inflamados cuadros, en los cuales el mundo está avizorado como prueba de llamas cromáticas. Ahora bien, aquí cabe decir que cualquiera de estos cuadros es dable reconocer lo que pertenece a la consciente visión del artista y lo que obedece a una fatal confianza en sí mismo que traiciona ese secreto pilar del acto creativo que es el descontento autocrítico. Pero, a pesar de estas fallas, los paisajes y las naturalezas muertas constituyen el legítimo lenguaje de Sérvulo.

Sérvulo es un pintor de pasión. La vigilancia racional no es su mejor facultad, puesto que todo en él denuncia al romántico, al hombre levantisco y al artista enemigo de las fórmulas. Vida y obra en él son una permanente protesta, justa o no, eso no importa, pero sí orgullosa y vigente. Eso no impide que le reclamemos severamente el cumplimiento de sus promesas, pues al elegir el arte, eligió el compromiso social de ser, por siempre, el que busca la verdad del espíritu. Posiblemente lo confunda el elogio monótono y vacío a que lo han tenido acostumbrados algunos. Preferió optar por la postura poco simpática del que señala errores y prevé riesgos. El artista está en la historia y la historia no acepta la insinceridad. El artista crea, no improvisa, porque el azar nunca fué poeta. Si Sérvulo ahonda en su luz propia, cada cuadro suyo será una lección. Tal eclosión ejemplar es la que aún seguimos, los que somos sus amigos, esperando.